

AgriMulheres en el norte de Mozambique:

la lucha por la igualdad de género y sus
implicaciones para la resiliencia climática

Michaela Meurer

Universidad de Marburgo, Alemania

Jemusse Abel Ntunduatha

Universidad de Nampula, Mozambique

Los efectos del cambio climático se están notando de forma cada vez más clara: ya sea por la disminución de las playas y el cambio de salinidad en la ciénaga de Magdalena (Colombia), por las inundaciones en el valle del río Ahr y los periodos de mucho calor en Alemania, o por los ciclones que han azotado Mozambique con una regularidad cada vez mayor. Este último, en particular, es un país situado en la costa oriental del África austral, entre Tanzania y Sudáfrica, una región que, según pronostica el *Intergovernmental Panel on Climate Change* (IPCC), se verá fuertemente afectada por el cambio climático; por un lado, por los impactos que ahora son especialmente



evidentes, pues para Mozambique se prevé un aumento de los ciclones y de las lluvias torrenciales, una alteración en las estaciones lluviosas, así como periodos secos más intensos; por otro lado, porque muchos países de esa zona no podrán aplicar medidas de adaptación suficientes para la población debido a la difícil situación económica y política en general.

Los cambios climáticos también implican una serie de transformaciones y problemas sociales, como el empeoramiento de las condiciones agrícolas, una mayor migración laboral, un incremento en las enfermedades, entre otras (Trisos et al., 2023).

Esta situación afecta a toda la población, pero la vulnerabilidad no se distribuye por igual. Las clases económicamente menos favorecidas corren un riesgo especial porque no tienen medios suficientes para protegerse. Además, suelen vivir en zonas con infraestructuras y suministro de agua deficientes y con poco acceso a la educación y a los programas sociales, por lo que están aún más expuestas a estos cambios (Thomas et al., 2019).

Lo anterior se aplica sobre todo a la población rural, que depende en gran medida de la agricultura familiar y, por tanto, siente





directamente el cambio climático (ver la entrevista con Delta Aleixo Salimo Osório, en esta edición). Ahora bien, incluso entre estas comunidades la vulnerabilidad no se distribuye equitativamente. En todo el mundo se puede ver, por ejemplo, que las mujeres, entre otros grupos, se ven más afectadas por el cambio climático (Denton, 2010; Pearse, 2017; Ribeiro y Chaúque, 2010).

Esta elevada exposición también se observa en las mujeres en el norte de Mozambique debido a sus responsabilidades en la reproducción doméstica y social, un ambiente patriarcal, las dependencias económicas y los espacios limitados de poder político. Sin embargo, al mismo tiempo, estudios científicos dan fe del papel especial que estas personas pueden desempeñar en las posibilidades de combatir el cambio climático.

Entendemos la vulnerabilidad no como un hecho intrínseco, sino inducido por las condiciones del marco sociomaterial, político, económico y cultural y las relaciones de poder específicas. Por eso dedicamos este artículo a las AgriMulheres de Nampula, provincia del norte de Mozambique: grupos de mujeres activas en varias localidades de dicho territorio que han formado asociaciones y han empezado a cultivar sus propios huertos. Así, al comercializar sus productos consiguen aumentar su independencia económica frente a sus maridos, a la vez que, con su experiencia y formación en horticultura y ventas, han ganado confianza en sí mismas

y han empezado a cambiar en cierta medida las estructuras sociales patriarcales. Estos grupos se crearon en el marco de un proyecto en zonas rurales financiado por ONG internacionales y llevado a cabo por organizaciones locales en 2018. Cuando nos reunimos con las AgriMulheres en 2022, el proyecto ya había terminado, pero varias de ellas continuaban el trabajo con sus propios medios.

El objetivo de este artículo, por tanto, es presentar esta lucha por la igualdad de género y reflexionar sobre el posible potencial de estas actividades para la resiliencia climática. En primer lugar, daremos una visión general de AgriMulheres y hablaremos sobre el contexto y, especialmente, el papel de las mujeres en el norte de Mozambique. Luego reflexionaremos sobre los éxitos conseguidos, pero también sobre los retos actuales. Terminaremos con una conclusión para comentar el potencial de AgriMulheres frente a los problemas del cambio climático.

El texto se basa en nuestra investigación antropológica en las provincias de Nampula y Lichinga entre febrero y julio de 2022. Dicho estudio tuvo lugar dentro del proyecto científico Nisansa (www.nisansa.org), una iniciativa que investiga las dimensiones sociales causadas por el cambio climático en el sur de África y el norte de Sudamérica. En este caso en particular, nos interesaba especialmente saber cómo perciben el cambio climático las poblaciones locales y las iniciativas de la sociedad civil y qué respuestas encuentran a la transformación de las condiciones ecológicas.

Metodológicamente, nuestro estudio se fundamenta sobre todo en entrevistas y observación participante, que complementamos con análisis documentales y bibliográficos. De tal modo, a menos que se indique lo contrario, las afirmaciones aquí realizadas se basan en el análisis de nuestros datos. En este proceso, diversos grupos de mujeres, así como iniciativas de la sociedad civil, han compartido con nosotros sus experiencias y conocimientos. Por esto queremos expresarles nuestro más sincero agradecimiento.

El proyecto de las AgriMulheres

En Mozambique, como en la mayoría de las sociedades de nuestro mundo, predomina la cultura patriarcal, que sitúa a la mujer en una posición subordinada, normalmente con el papel de mantener el orden familiar y garantizar la reproducción social. En cuanto al acceso a los servicios sociales básicos, las mujeres también se han visto desfavorecidas durante mucho tiempo por el hecho de tener tasas más elevadas de analfabetismo o carecer de documentos de identidad. Asimismo, en muchos contextos rurales, la participación en la vida asociativa (así como en los procesos de toma de decisiones) está condicionada por las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres, en términos de parentesco y edad, por lo que este tipo de intervenciones tienden a organizarse verticalmente según lógicas de poder patriarcales (Balane y Feijó, 2022).



Generalizando, en estos sistemas sociales patriarcales las mujeres ocupan una posición mayoritariamente desfavorecida y más restringida. Varios estudios señalan que, en Mozambique, por ejemplo, las mujeres suelen tener mayores responsabilidades domésticas en el hogar y menor acceso a empleo, ingresos, tierra y producción agrícola, así como niveles de educación y salud inferiores a los de los hombres.

La violencia doméstica, con importantes ramificaciones prácticas y simbólicas, es un grave problema en el país, y la proporción de hogares encabezados por mujeres —comúnmente utilizada como

indicador estándar de la feminización de la pobreza— está aumentando y representa un porcentaje creciente de los sectores más pobres de la población.

En el norte de Mozambique, donde tuvo lugar nuestro estudio, la situación es un poco más compleja. Los macua, el grupo más numeroso de la región, están organizados en una estructura de parentesco matrilineal que atribuye a las mujeres un papel especial en primer lugar. Esto también ha llevado a algunas voces académicas a asumir aquí un orden de género muy igualitario, como en el caso de Arnfred (2011). No obstante, numerosas voces feministas y progresistas que escuchamos tanto en zonas urbanas como en las rurales tienen una visión muy diferente: si bien es cierto que la estructura de parentesco matrilineal de los macua facilita que las mujeres mantengan vínculos con su familia biológica, e incluso

la herencia es a través del linaje de la mujer, los actores centrales son, sin embargo, los miembros masculinos de la familia. Así, aun en esta organización social, las mujeres permanecen, en la práctica, en una posición social y económicamente dependiente, y sus espacios de participación son limitados (Tvedten y Montserrat, 2010).

Como forma de promover la integración socioeconómica de la mujer rural, se han puesto en marcha diversos programas de intervención comunitaria que tienen el objetivo de concientizar a las mujeres rurales sobre sus deberes y derechos dentro de la sociedad y reforzar su percepción de la gestión de los espacios y los roles sociales. En este contexto surgió en 2018 el proyecto AgriMulheres, con la finalidad de empoderar social y económicamente a grupos de mujeres. Esta iniciativa contenía un plan de actividades de capacitación de la mujer, denominado aprendizaje por acción de género (*Gender Action Learning [GAL]*), que pretendía combinar las tareas de producción de hortalizas con la promoción de la igualdad de derechos de hombres y mujeres en el ejercicio de la ciudadanía. Específicamente, se pretendía crear y promover asociaciones locales de mujeres, impartir formación sobre cuestiones de género, así como prestar apoyo en materia de extensión y fomentar la producción de hortalizas, con vistas a aumentar los ingresos de las propias mujeres (Balane y Feijó, 2022).

En Nampula, mujeres de tres distritos (Malema, Ribáuè y Monapo) participaron en el proyecto. De esta manera recibieron apoyo práctico y formación por parte de tres organizaciones locales de la capital provincial, Nampula: dos organizaciones civiles activas en el desarrollo rural y la unión de dos componentes, una alianza de pequeños agricultores mozambiqueños. La financiación del proyecto corrió a cargo de una ONG internacional y finalizó oficialmente en 2021.

Al final, AgriMulheres se trató de un proyecto de desarrollo internacional de la sociedad civil bastante clásico que luego —ya totalmente diseñado— se llevó a las comunidades desde el exterior. Sin embargo, el surgimiento de estas agrupaciones femeninas no puede verse solo como el resultado de una creación externa total, sino también como el fruto de una dinámica interna. Es decir, se basó en organizaciones sociales que ya existían. En Itoculo, por ejemplo, nuestra interlocutora dijo:



Yo tenía un grupo de mujeres aquí. Hasta ahora existe. Yo fundé este grupo, y ahí empezamos a trabajar en la parte hortícola. Trabajamos como dos años solas, sin ningún apoyo, y cuando vino el proyecto de AgriMulheres, que también quería ayudar a las mujeres, ese proyecto entró a nuestro grupo (AgriMulheres de Itoculo, comunicación personal, 2022).

Las circunstancias fueron similares en otras comunidades:

En el momento en que estábamos empezando el grupo de mujeres, nos sentamos con nuestras compañeras y hablamos y dijimos: «Amiga, ¡vamos a hacer una asociación de mujeres!». Entonces llamamos al presidente local de la União Provincial dos Camponeses y se sentó con nosotras. Y así fue como empezó. [...] antes de que llegara el proyecto AgriMulher, teníamos una asociación; cultivamos maíz, frijoles y otros cereales (AgriMulheres de Locone, comunicación personal, 2022).

El proyecto entonces no se puso en marcha desde cero, sino a partir de una base preexistente, de los grupos de ahorro conocidos como *stick* y de las asociaciones

de producción de alimentos (de hortalizas y cereales). La inversión externa consistió básicamente en tomarlas y darles una estructura orgánica fuerte para que fuera fácil suministrar insumos, asistencia técnica y seguimiento de los resultados. Además, por último, pero no por ello menos importante, se buscó reforzar aún más el aspecto de la justicia de género.

Éxitos y retos: cinco años de experiencia como AgriMulheres

Las experiencias, los obstáculos y los éxitos de los distintos grupos de mujeres no siempre son los mismos y varían de una comunidad a otra. Sin embargo, desde un punto de vista general, el proyecto ha mejorado notablemente las condiciones de vida de la gran mayoría de nuestras entrevistadas. Esto se debe principalmente a que las mujeres han conseguido mejorar de forma considerable la situación económica de sus familias mediante el cultivo de vegetales.



Éxitos

En el marco del proyecto, las mujeres asistieron a cursos de formación sobre cultivo y comercialización de verduras. En este sentido, cabe mencionar que en las regiones más elevadas del oeste de Nampula se han cultivado hortalizas desde hace mucho tiempo y las mujeres confían en sus propios conocimientos y prácticas. En cambio, en la zona oriental, menos elevada, las condiciones son mucho más difíciles debido a la falta de agua, lo que dificulta el riego y limita el éxito de estos cultivos, hasta tal punto que en ciertos casos no se han practicado desde hace mucho tiempo, aunque también hay grupos que producen enormes cantidades.

En todos los casos, sin embargo, mediante el proyecto las mujeres han adquirido conocimientos especializados que ahora aplican en los campos de sus asociaciones, pero también en los de su propia familia. Además, cuentan con experiencia en la comercialización eficaz de sus productos, de manera que ahora tienen en cuenta las fluctuaciones de los precios para almacenarlos hasta que pueden obtener una buena ganancia.

Asimismo, se han creado nuevas cooperaciones. En algunas comunidades, por ejemplo, las mujeres colaboran con el comedor escolar y pueden vender directamente una gran parte de sus productos. Algunas también han colectivizado las ventas. Así, ahora vale la pena llevar los productos del grupo a las grandes ciudades y venderlos allí, donde les pagan más.

En resumen, la situación económica de las familias ha mejorado considerablemente, algo que se ve reforzado por el hecho de que las mujeres asumen ahora parte —y a veces la totalidad— de la gestión de los recursos familiares, lo cual les permite utilizar el dinero de forma más específica para las necesidades familiares. De hecho, nuestras entrevistadas no solo han conseguido comprar material para la escuela de los niños y comida suficiente, sino que algunas también han invertido en muebles, televisores, suministros de energía y techos más estables.

Así, las AgriMulheres han adquirido una independencia económica que implica cambios en otros ámbitos y afecta a dimensiones más profundas de las relaciones entre hombres y mujeres. En primer lugar, el papel de las mujeres, su esfera de acción y la imagen que tienen de sí mismas han cambiado: «Vendemos por nuestra cuenta, planificamos por nuestra cuenta. Tomamos dinero para los niños en la escuela y para comprar una casa, y otro dinero lo dejamos para comprar nuestras semillas» (AgriMulheres de Itoculo, comunicación personal, 2022). Las mujeres incluso cuentan de forma impresionante que ahora dan por sentado que pueden administrar, vender y planificar por su cuenta. Los cursos de alfabetización a los que estas participantes han asistido desde el inicio del proyecto también han ayudado en este sentido.

Por otro lado, en cuanto a las relaciones de género entre las parejas, los cambios graduales son manifiestos. Algunas mujeres afirman que ahora no solo administran el dinero de su huerto, sino que también gestionan ellas mismas o junto con su marido todos los ingresos familiares y planifican específicamente el bienestar de la familia. También se informa que la violencia



contra las mujeres ha disminuido, aunque todavía hay voces fuertes que piden más cambios en este sentido.

En efecto, todos estos logros no han sido fáciles, y las mujeres se han enfrentado a algunos obstáculos en el camino. Por ejemplo, muchas de ellas señalaron la primera hostilidad de sus maridos y las dificultades que tuvieron que afrontar para crear sus propias asociaciones. Sin embargo, cuando las familias empezaron a beneficiarse de las ventajas económicas de forma muy concreta, la perspectiva de muchos cambió. Como resultado, hoy en día existe un apoyo mucho mayor, hasta el punto de que se recurre a los hombres para que ayuden en determinadas actividades en la huerta:

Hasta en la comunidad, la gente que está cerca de nosotros ya está notando los cambios en las mujeres que están en el grupo y cómo ellas viven en sus casas, [...] viendo a esa mujer trabajando en la huerta a su antojo, entonces los vecinos ya están copiando. Hay un cambio" (AgriMulheres de Itoculo, comunicación personal, 2022).

Como lo refleja el testimonio, si bien los cambios a raíz del proyecto se observan sobre todo entre los miembros de AgriMulheres, también se han desencadenado transformaciones más allá. A menudo, vecinas y mujeres de los alrededores del grupo empiezan a copiar las prácticas y

ahora plantan sus propios huertos, y ver que esto es posible las anima a ampliar su radio de acción también a sus hogares.

Los efectos positivos también pueden apreciarse a niveles completamente distintos. Delta, de la União Provincial dos Camponeses (UPCN), informa que con la participación en las asociaciones ha aumentado significativamente la presencia de mujeres en la red supralocal de campesinos (miembro de La Vía Campesina), un ámbito que antes estaba predominado por hombres.

Limitaciones y dificultades

Apesar de los éxitos descritos, las AgriMulheres también se enfrentan a dificultades y obstáculos a los que aún no han encontrado respuesta y cuyas soluciones a menudo quedan fuera de su ámbito de actuación. Además de problemas internos que a veces surgen debido a conflictos intragrupos, hay condiciones ecológicas difíciles y una serie de obstáculos estructurales sobre los que las mujeres solo pueden influir de forma limitada. Los cambios en este sentido solo pueden lograrse mediante reformas políticas y sociales de mayor alcance.

Por un lado, faltan medios mecánicos y técnicos, lo que inevitablemente lleva a AgriMulheres a sus límites. Por ejemplo, no

hay tractores, actualmente casi todo se hace a mano y las superficies, a veces grandes, se aran manualmente. También hay dificultades para regar eficazmente debido a la ausencia o la avería de motobombas y presas, así como por la constante subida del precio del combustible, que acaba por hacer insostenible el proceso.

Estos desafíos están directamente relacionados con las difíciles condiciones ecológicas en las que las mujeres cultivan. El abastecimiento de agua, en particular, es especialmente problemático: aparte de que en la temporada de lluvias de diciembre a marzo apenas llueve, los ríos y los lagos a partir de los que riegan sus campos no retienen agua suficiente para el resto del año y con frecuencia se agotan ya en agosto y septiembre. Incluso, debido al cambio climático, se teme, en primer lugar, que las épocas de precipitación sean más cortas e irregulares y, en segundo lugar, que se produzcan sequías más intensas y prolongadas. Estas circunstancias afectan sobre todo a Monapo, una región extremadamente seca.

Algunos de nuestros interlocutores también ven en este problema hídrico una herencia colonial pues suponen que, debido a la producción de sisal y algodón en esa época, los suelos se compactaron tanto que hoy solo pueden absorber y almacenar agua con dificultad. Para las mujeres, esto supone pérdidas considerables:

Entonces a partir de octubre, noviembre, ya no podemos hacerlo, y estos son los meses de dinero. Los precios son diferentes y podríamos aprovecharnos de ello, pero terminamos la segunda temporada en septiembre [...] si el embalse fuera bueno, seguiríamos hasta diciembre, ganaríamos mucho dinero, sí. Producir tomates y venderlos en diciembre. ¡Imagínate en diciembre! (AgriMulheres de Itocolo, comunicación personal, 2022).

Además, las AgriMulheres suelen afrontar problemas de derecho de tierras. Aunque en teoría pueden, como asociación, solicitar un título de propiedad, rara vez se dispone de tierras libres porque las zonas que rodean a las comunidades ya son de propiedad familiar. Por lo tanto, los grupos no tienen más remedio que pedir terrenos prestados. De hecho, en el pasado este derecho les fue arrebatado repetidamente a las asociaciones y tuvieron que empezar de nuevo en otro lugar.

La situación se ve agravada en muchos lugares por la falta de infraestructuras y por las carreteras precarias o inexistentes, que dificultan a las mujeres el transporte de sus productos y su llegada a los mercados. En este caso, han tenido especial éxito los grupos que han socializado las ventas o se han organizado de forma más colectiva. En algunas ocasiones, han conseguido poner a disposición cantidades tan grandes poniendo en común sus cosechas que los compradores acuden a ellas antes de que estas productoras deban desplazarse al mercado.

Ahora, el proyecto oficial que implementó las AgriMulheres ha expirado, y las propias asociaciones tienen que seguir cultivando sin ayuda externa. En general, las condiciones no son fáciles, pero las mujeres ya han conseguido mucho.

Desde nuestro punto de vista, el éxito de cada grupo va a depender también de los lugares específicos y sus condiciones locales, así como de las mujeres involucradas y sus visiones. Así que queda por ver cuáles de las asociaciones seguirán activas y continuarán trabajando en sus huertos futuramente.

¿Justicia de género como estrategia de resiliencia climática? Una conclusión

Para nosotros, las AgriMulheres son un ejemplo impresionante de cómo es posible lograr cambios sociales y económicos. Es cierto que no todos los grupos locales han tenido éxito y que también hemos visitado lugares en los que las asociaciones, incluso según sus propias palabras, no podrían continuar sin ayuda externa. Por otra parte, también hemos conocido a mujeres que han mejorado notablemente sus condiciones de vida, tanto en términos económicos como en lo que respecta a su propia autopercepción y a las cuestiones de igualdad de género. Ahora bien, ¿qué relación tiene esto con el cambio climático? ¿En qué medida la lucha por la justicia de género puede ser también importante para la adaptación al cambio climático y el desarrollo de estructuras resilientes? Creemos que hay varios aspectos importantes.

Primero, muchas de las mujeres entrevistadas informaron que habían podido aprovechar su creciente independencia económica para aplicar los ingresos generados de forma mucho más directa al bienestar de sus familias: invirtiendo en alimentos suficientes, garantizando la escolarización de los niños o sustituyendo los tejados de tejas por otros más estables de chapa de zinc. Es solo un pequeño paso, pero esta mejora de la situación de la vida cotidiana es un paso esencial en un contexto de condiciones ecológicas cada vez más difíciles.

Segundo, gracias a los cursos de alfabetización y a la formación complementaria en cálculo de costos y comercialización, las AgriMulheres también han adquirido conocimientos que al menos les dan la posibilidad de buscar



oportunidades de ingresos más allá de la agricultura. En una situación en la que la actividad agrícola es cada vez más difícil, esta puede ser una estrategia clave para la resiliencia.

En tercer lugar, existe potencial de resiliencia en la propia actividad hortícola. A veces, dependiendo de las organizaciones y de los técnicos involucrados en el apoyo a los respectivos grupos de mujeres, el proyecto ha introducido prácticas agroecológicas. La conversión a este tipo de agricultura suele ser un poco agotadora al principio, pero tiene varias ventajas: en especial, que los suelos no se ven tan afectados y pueden ser aprovechados durante mucho más tiempo. Esta práctica de cultivo también va en contra de la erosión del suelo, un peligro que aumenta debido a las fuertes lluvias provocadas por el cambio climático. Asimismo, la rotación de los campos es menos necesaria, lo que, por un lado, protege los bosques locales, aunque, por otro lado, resulta cada vez más difícil ya que en el curso de la creación de un corredor

de desarrollo en la provincia también se han establecido proyectos agrícolas a gran escala y la tierra libre para uso de las pequeñas agricultoras es cada vez más limitada. La posibilidad de cultivar la tierra de forma regenerativa y a largo plazo es muy ventajosa en esta situación (Amoak *et al.*, 2022; Dittmer *et al.*, 2023).

Aparte de estas consecuencias más directas, en cuarto lugar, el cambio en las relaciones de género y el aumento de la voz femenina también pueden ser un factor crucial para la resiliencia. Las políticas climáticas desarrolladas de arriba abajo y basadas principalmente en respuestas tecnológicas son cada vez más criticadas; en su lugar, se aboga por enfoques descentralizados de soluciones y proyectos de adaptación codesarrollados por las poblaciones afectadas (Ayers y Forsyth, 2009; Bay, 2013; Boyd, 2002).

Así pues, para que avances como los descritos aquí se traduzcan en una mejora para todos, es necesario que participen activamente el mayor número posible de grupos y personas, de modo que se contemplen la mayor cantidad de condiciones de vida y puntos de vista. Por este motivo, AgriMulheres, con el enfoque en la igualdad de géneros, está dando pasos importantes para establecer la participación de las mujeres en estos procesos.

La inclusión de mujeres en los espacios de decisión no es necesaria tan solo porque las mujeres (natural o biológicamente) tienen

por lo general una comprensión diferente de la ecología, sino porque su papel y posición particular en la sociedad conllevan unos conocimientos, unas experiencias y unas perspectivas específicas. Al ser las principales responsables de las labores de cuidado y reproducción social, cabe suponer, por ejemplo, que al sumarlas al desarrollo de proyectos estas temáticas se tendrán más en cuenta. Además, estudios demuestran que el conocimiento sobre el medio ambiente a menudo está condicionado por el género: las mujeres suelen tener, a través de sus campos de actividad particulares, un conocimiento distinto sobre el medio ambiente (Pearse, 2017), y son estas vivencias y conocimientos los que serán necesarios para fortalecer realmente la resiliencia local. Ahora bien, para que estos puntos de vista sean escuchados, se necesitan espacios con equidad de género, en los que las mujeres también puedan hacer oír sus posturas, y mujeres seguras de sí mismas que adopten sus posturas con contundencia. AgriMulheres contribuye de forma decisiva a construir en los dos sentidos.

Está en evidencia que todo esto tiene sus límites. Aunque las poblaciones del norte de Mozambique pueden prepararse para el cambio climático y construir estructuras sociales y agrícolas resilientes, muchas cuestiones escapan a su control. Por ejemplo, los cambios socio ecológicos provocados por el cambio climático podrían ser tan profundos que la horticultura y la agricultura en Nampula se volverán imposibles. Por ende, aunque las prácticas agrícolas sostenibles como la agroecología pueden introducirse a nivel local, la reducción de las emisiones y la mitigación del cambio climático requerirán un cambio en las prácticas económicas y las jerarquías sociales y políticas a nivel global, una

dimensión que está fuera del alcance de las campesinas de Nampula.

Sin embargo, estas limitaciones no son un fracaso de las AgriMulheres; solo apuntan a la necesidad de respuestas a niveles mayores y supralocales a las múltiples crisis actuales. Por lo tanto, estas circunstancias no deben menoscabar el valor de los cambios y avances que las mujeres de Nampula han conseguido en los últimos cinco años.

Bibliografía

- Amoak, D., Luginaah, I. y McBean, G. (2022). Climate Change, Food Security, and Health: Harnessing Agroecology to Build Climate-Resilient Communities. *Sustainability*, 14(21), 1395.
- Arnfred, S. (2011). *Sexuality and Gender Politics in Mozambique: Rethinking Gender in Africa*. Boydell & Brewer. <http://www.jstor.org/stable/10.7722/j.cttn343m>
- Ayers, J. y Forsyth, T. (2009). Community-Based Adaptation to Climate Change. *Environment: Science and Policy for Sustainable Development*, 51(4), 22-31.
- Balane, N. y Feijó, J. (2022). *Produção Agrícola e Empoderamento de Mulheres em Contextos Rurais: Análise do Projecto Agrimulheres em três Povoados da Província de Nampula (2018-2021)* (Observador Rural N.º 130). Observatório do Meio Rural. <https://omrmz.org/wp-content/uploads/2022/09/OR-130-Producao-Agricola-e-Empoderamento-de-Mulheres-em-Contextos-Rurais-1.pdf>
- Bay, U. (2013). Transition Town Initiatives Promoting Transformational Community Change In Tackling Peak Oil And Climate Change Challenges. *Australian Social Work*, 66(2), 171-186.
- Boyd, E. (2002). The Noel Kempff Project in Bolivia: Gender, Power, and Decision-Making in Climate Mitigation. *Gender and Development*, 10(2), 70-77.
- Denton, F. (2010). Climate Change Vulnerability, Impacts, and Adaptation: Why Does Gender Matter? *Gender & Development*, 10(2), 10-20.
- Dittmer, K., Rose, S., Snapp, S., Kebede, Y., Brickman, S., Shelton, S., Egler, C., Stier, M. y Wollenberg, E. (2023). Agroecology Can Promote Climate Change Adaptation Outcomes Without Compromising Yield In Smallholder Systems. *Environmental Management*, 72, 333-342.
- Pearse, R. (2017). Gender and climate change. *Wiley Interdisciplinary Reviews: Climate Change*, 8(2), 1-16.
- Ribeiro, N. y Chaúque, A. (2010). *Gender and Climate Change: Mozambique Case Study*. Heinrich Böll Foundation.
- Thomas, K., Hardy, D., Lazrus, H., Mendez, M., Orlove, B., Rivera-Collazo, I., Timmons, J., Rockman, M., Warner, B., Winthrop, R. (2019). Explaining differential vulnerability to climate change: A social science review. *Wiley Interdisciplinary Reviews: Climate Change*, 10(2), e565.
- Trisos, C., Adelekan, I. y Totin, E. (2023). Africa. En H. Pörtner, D. Roberts, M. Tignor, E. S. Poloczanska, K. Mintenbeck, A. Alegría, M. Craig, S. Langsdorf, S. Lösche, V. Möller, A. Okem y B. Rama (Eds.), *Climate Change 2022: Impacts, Adaptation and Vulnerability* (pp. 1285-1456). Cambridge University Press.
- Tvedten, I. y Montserrat, G. (2010). Género e pobreza em Moçambique. *Chr. Michelsen Institute (CMI) Brief*, 9(6), <https://www.cmi.no/publications/3813-genero-e-pobreza-em-moambique>

